

La elegida

Parte I

Un relámpago surcó el cielo. La oscuridad de la noche cedió ante la fugaz explosión de luz durante un instante para, paulatinamente, aparecer de nuevo. Momentos después el valle entero se llenó con el estruendo del trueno. El eco se fue perdiendo poco a poco en las montañas del horizonte. Hacía días que no amainaba la tormenta; días que habían sido grises y fríos, noches que habían sido oscuras y heladas. Nubarrones negros y cargados de malos presagios descargaban una intensa lluvia, provocando un constante repiqueteo en las tiendas de pieles, embarrando las extensas praderas y llevando hasta el límite el caudal del río de hielo, que se internaba en la cordillera de Naggaroth. Las fuertes rachas del viento habían obligado a levantar barricadas con enormes rocas de granito, y algunos troncos talados de duramente sujetaban el peso. El viento aullaba al atravesar los resquicios de las piedras, acallando cualquier ruido del exterior, amortiguando el avance del enemigo. Un ejército común habría apostado centinelas en las inmediaciones, ocultos entre la espesura e invisibles ante ojos extraños. Es lo que hubiera ordenado su general si éste se tratase de un ejército común, pero, para desgracia de sus enemigos, el poder de un ejército de Khorne escapaba a toda lógica.

Las bestias salvajes huían despavoridas con el rancio olor del azufre y la sangre. Las aves alzaban el vuelo al primer atisbo del antinatural brillo de sus armaduras. El terror se apoderaba del desafortunado que no lograba escapar antes de que el colosal estandarte del Dios de la sangre apareciera ante sus ojos. Por qué, entonces, el temor a un ataque furtivo.

El campamento del ejército del caos había sido levantado precipitadamente ante la crecida del río de hielo. Por ello las tiendas se habían plantado al libre albedrío de los soldados, sin un orden coherente, tan sólo respetando la disposición en círculos concéntricos alrededor del enorme pabellón del general. Un relámpago iluminó de nuevo el cielo, aunque esta vez el trueno tardó algo más en llegar. La tormenta se alejaba.

Al lado opuesto de la barricada unos gritos de agonía surcaron el aire. Durante unos minutos continuaron, entremezclados con gemidos de temor, y voces pidiendo auxilio. Poco a poco las voces se fueron acallando. El centinela que custodiaba la tienda donde guardaban a los prisioneros se hizo a un lado cuando la lona de la entrada se elevó. Se cuadró en el preciso instante en que la descomunal figura del general emergía al exterior. La armadura de basalto relucía incluso sin que la bañara la luz de la luna. Los regueros carmesíes recorrían las juntas de las placas, emitiendo un ligero brillo que se fundía con el negro para formar el color de Khorne. Contempló con fascinación las intrincadas runas de su armadura, extrañas, antiguas, aterradoras. Sólo la mano de un Dios podía haber forjado semejante obra de arte. Y no cabía duda de a qué Dios pertenecía esa mano. El enorme hacha colgaba del cinto en un balanceo constante. Parecía latir con vida propia, exigiendo su premio, bregando por mutilar, por destruir, por aniquilar.

Los gritos de agonía de los prisioneros habían cesado al fin. Con paso poderoso el general se alejó hacia su pabellón. Nadie se cruzó en su camino. El centinela bajó la vista hacia el líquido rojo que empezaba a teñir el suelo bajo la tienda, y que velozmente se iba extendiendo por el suelo mojado. Sonrió cuando sus fosas nasales se inundaron con el olor a sangre fresca.

– *General Invasor, Mi Señor le envía un mensaje.* – Los ojos del mensajero se movían lentamente

mientras estudiaba al ser que tenía enfrente y a los otros dos que ocupaban un lugar de honor a su izquierda. Su temple era sorprendente, aunque le traicionaba el temblor de sus manos.

El trono cristalino sobre el que descansaba el General parecía absorber la luz que lo rodeaba. En su interior un líquido informe se movía al compás de la oscilante llama de las lamparillas de aceite. No soplaban ni una brizna de aire, pero aún así la temperatura glacial obligaba a encender una chimenea improvisada. Contaban las leyendas que el pabellón de un general de Khorne se fabricaba con la piel de los mastines muertos. La gruesa capa oscura, veteada con manchas rojizas y llena de rugosidades ofrecía un buen aislamiento del exterior. Formando un círculo con el trono como extremo los guerreros, enfundados en las enormes armaduras negras y carmesíes, permanecían en silencio mientras escrutaban al pálido mensajero.

Jasheela, una Elfa capturada era utilizada como sirvienta en el enorme pabellón. Conocía de vista al mensajero, ambos eran sobrinos del señor de Gea-Pheba, uno de los puestos avanzados en la frontera del reino. El mensajero, un asesino del clan Gaireda actuando como emisario. ¿En qué estaría pensando Juh Galigal al enviar un mensajero?. Agarró de nuevo la bandeja con la bebida para sus captores y se dirigió hacia uno de los dos comandantes, arrastrando las pesadas cadenas que la unían al poderoso brazo de éste.

El General se inclinó hacia delante. Jasheela se fijó en que su yelmo descansaba sobre una mesita de madera lacada a su izquierda. Decían que el yelmo de Khorne causaba un terror que pocos podían igualar. Eso lo decían porque nunca habían visto el rostro desnudo del General. Se sobrecogía cuando los ensombrecidos ojos se posaban en ella, cuando la eterna mirada atravesaba su alma. Sus fuerzas se desvanecían, como debía estar ocurriéndole al mensajero en ese mismo instante. Las duras facciones y la fuerte mandíbula le conferían un aspecto brutal. Tan sólo el corto cabello rubicundo revelaba su origen humano. Cosa extraña, el General había estado observándola cuando pensaba que no lo veía, lo cual le causaba un desasosiego abrumador. El mensajero tomó el silencio del General como una invitación a continuar. A Jasheela le pareció escuchar un suspiro.

- *Mi Señor exige que retiréis la invasión de sus tierras, General de Khorne, so pena de una carga masiva y ...*

El pabellón se llenó con la atronadora voz del general.

- *¡Todas las naciones se someten al yugo de Khorne!. Ese es el deseo de mi Dios, ese es vuestro destino. - Alzó un enorme puño enguantado en basalto. - Tu Señor soy yo, emisario de Khorne, conquistador del reino de Caos. Tú y tu pueblo me debéis lealtad.*

Otra vez el General desvió momentáneamente la mirada hacia ella. El mensajero, con voz trémula, continuó el intento de negociación.

- *Mi Señor tiene a bien recordarle que ambos ejércitos compartimos un objetivo común...* - Calló cuando el General apoyó ambas manos en los laterales del trono.
- *¡Necio!. ¡Ni tan siquiera las grandes deidades conocen los designios de Khorne!. - Se levantó cuan grande era. - Por esta ofensa tu señor y sus tierras serán aplastados. - El general avanzó un paso. El círculo de guerreros que los rodaban a ambos se cerró con un ruido metálico.*

Los ojos del elfo pasearon por todos los presentes, deteniéndose en las amenazadoras armas que descansaban en sus fundas. Un rugido le obligó a mirar el pecho del General, y posteriormente a

doblar el cuello para encontrarse con un rostro férreo, impasible pero a su vez colérico que lo atravesaba con la mirada.

- *Mensajero de los elfos oscuros, rinde pleitesía a tu Dios librándote así del sufrimiento eterno. Por tu agravio has de ser castigado. Hallarás el descanso eterno, pues yo derramaré tu sangre en honor a mi Dios.* - Llevó la mano al mango de su arma.

El Mensajero profirió un grito ahogado. Jasheela temió lo peor. El mensajero estaba condenado desde su entrada en el campamento. Lo que no sabía es qué esperaba sacar de esa misión suicida. A no ser que...

- *¡Juraré lealtad!* - Se arrodilló a sus pies, con las manos en posición de súplica - *¡Dígame qué tengo que hacer para...*

Una daga humeante de hoja verde apareció en las manos del mensajero. Lanzó una estocada hacia delante, cargando con todo el cuerpo para lograr traspasar la gruesa armadura.

De un manotazo el General envió al Elfo y su arma al suelo, ambos tendidos derrotados, a unos metros del trono de obsidiana. Como pudo el elfo se puso en pie, trastabilló en su carrera hacia la salida, y los guerreros de caos lo empujaron de nuevo al suelo.

El general alzó la enorme hacha con una sola mano y la sostuvo en alto. Las runas se encendieron, sedientas de sangre.

- *¡Tu cobardía demuestra la mezquindad de un pueblo que no merece el favor de Khorne!* - Hizo una señal al ser con cuernos sentado al lado del trono. - *Con la llegada del alba tu pueblo será exterminado. ¡La cabeza de Juh Galigal adornará el astil de mi estandarte!*
- *¡Emisario de Khorne, tened piedad...!*

El hacha descendió hasta reducir a astillas las tablas del suelo de madera bajo sus pies. La sangre brotó hacia arriba como un géiser, derramando el viscoso líquido por el techo y las paredes del pabellón.

La mirada del General fue del aire al cuerpo destrozado del Mensajero, y de éste de nuevo al aire.

- *¡La piedad no es más que una invención de los débiles para sobrevivir!* - El resto de la frase fue un mero susurro, pero el oído de la elfa escuchó lo que otros no podían. - *La piedad ha minado vuestro esplendor de antaño, ha consumido vuestro poder, os ha vuelto frágiles; como el vidrio, equilibrados, pero frágiles.*

El General volvió a tomar asiento en su trono. Jasheela le ofreció una copa al comandante de los cuernos, aunque éste la rechazó con un ademán. Había puesto los ojos en blanco, y murmuraba para sí mismo. La ofensiva era ya un hecho, pues el estratega del ejército ideaba el plan de acción. Una enorme mano de placas negras la agarró del hombro. Se hizo el silencio en el pabellón, los ojos se clavaron en su general.

- *¡Hembra, has sido elegida!* - Jasheela soltó un respingo.

Logró sostener la bandeja antes de derramar el desagradable líquido sobre el trono. Unos murmullos se alzaron a su alrededor. ¿Sería la siguiente en morir?. Contuvo el aire antes de mirar a los eternos

ojos del General.

- *¡Tras la batalla dedicarás dos días con sus noches a dar sepultura a tus muertos, y después le rogarás a Khorne que consuma sus almas!.*

Cerró la mano en una presa descomunal. Jasheela se encogió de dolor. Ríos de lágrimas comenzaron a escapar de sus ojos. ¡No gritaría!. Apretó la mandíbula.

- *¡Con el poder que Khorne te conferirá barrerás la raza oscura para que la nueva estirpe vea la luz!.*
- *La mujer gimió de dolor.*
- *¡Serás el primero de los hijos élficos de Khorne y ejercerás tu gobierno sobre ellos. Dedicarás hasta el último aliento de vida a extender el culto de tu Dios!. ¡Ese es el deseo de Khorne!. - La soltó mientras dejaba descansar la espalda sobre el respaldo del trono y cerraba los ojos. - Ese es, por tanto, Tu Destino.*

Jasheela se retiró tambaleante, con la bandeja aún sobre la mano derecha. Acalló los gritos de dolor. Su brazo izquierdo colgaba inerte, ya que el hombro había quedado totalmente destrozado. Dejó la bandeja al pie de la supurante roca volcánica que utilizaban para los brebajes. Se retiró a las sombras, su hábitat natural, y cuando nadie la miraba se echó al suelo de rodillas. Lloró por dentro, en silencio, mientras arrancaba gruesas tiras del cuero del raído traje de batalla. Con la gracia de quien ha batallado durante siglos practicó un improvisado vendaje. Una nueva oleada de intenso dolor paralizó su sistema nervioso cuando intentó colocar los huesos en su sitio y, sin poder soportarlo, se desmayó sobre el frío suelo de madera de roble.

Parte II

La oscuridad la envolvía. Podía distinguir el acre olor del azufre, y el dulzón olor de la sangre. Se entremezclaban en suaves espirales de humo carmesí y la rodeaban. Se sentía extraña, como si algo la observase. Se le erizó el vello de la nuca, le recorrió un escalofrío.

"¿Quién eres?". Sin respuesta. "¿Dónde estoy?". Nada, sólo el eco de su voz. Notó la presencia más cerca, casi palpable. Sintió el peso abrumador de algo superior, un ente que escapaba a su raciocinio. Como si una avalancha cayese sobre ella sintió el magnánimo poder del ente, su proximidad. Su corazón dejó de latir, se hincharon sus venas. Calor, mucho calor. Su piel seguía fresca, pero le hervía la sangre.

"ELEGIDA", las vibraciones que emanaron desde un punto desconocido avanzaron hacia ella con la fuerza de un huracán, golpeándola, arrastrándola por la nada.

Ruidos metálicos, aullidos, gritos salvajes.

Despertó sobresaltada con el sonido de la batalla. Descansaba sobre una cama mullida, tapada con una manta de piel negra y roja. Estaba completamente desnuda. Seguía lloviendo. ¿Qué sucedía?. De un salto salió de la cama y buscó por el suelo su antiguo traje, aunque no lo encontró. Sí que había, sin embargo, un delicado vestido de fina tela negra, con bordados en oro y una capa roja con el escudo de Khorne en el centro.

Rugidos. ¡Una Explosión!.

Se echó al suelo instintivamente. ¿Un ataque de Juh Galigal con el dragón negro?. Metió los brazos por las mangas del vestido, y las alzó. El vestido se deslizó sin dificultad. Como si se lo hubieran hecho a medida. ¿Cómo...?. Abrió el borde del vestido hasta desnudar su hombro. La herida había sanado, no quedaba ni una contusión, pero su piel había sido reemplazada por un material negro. ¿Hechicería?. Los ruidos del exterior acallaron las preguntas que iban formándose en su mente. Se anudó la capa al cuello y asomó la cabeza por la entrada de su tienda.

Un estrato de negros nubarrones cubría el cielo oscureciendo el valle. Había vuelto a llover. Al menos las fuertes rachas de viento habían cesado. El alba. El General había mantenido su promesa, la lucha se desarrollaba ante sus ojos. Distinguió a simple vista las enormes armaduras negras y rojas formando regimientos de infantería, algunos enzarzados en duros combates, otros escoltando a la caballería. Al lado opuesto el ejército de elfos oscuros se desplegaba como una manada de lobos hambrientos. Embutidos en las negras armaduras, la temible infantería élfica retrocedía ante la poderosa carga de los guerreros de Khorne.

Sus pensamientos se vieron cortados de pronto por el bramido del regimiento de elfos más cercano a su posición. Deslizándose sigilosos entre la arboleda del este habían logrado traspasar sin esfuerzo la el perímetro defensivo de los invasores. Ahora sólo medio centenar de Guerreros se interponían entre los elfos y ella. Iniciaron el avance. Cuando habían recorrido la mitad del camino que los separaba del campamento dos docenas de guerreros de caos con sus enormes armaduras brillantes se adelantaron. Desenfundaron al unísono las hachas de su espalda. Como un solo guerrero alzaron el puño y dedicaron la batalla a Khorne. Esperaron a que sus enemigos se acercasen, y entonces, con un rugido que rasgó el aire embistieron. No podía llamarse de otra manera a la furiosa arremetida de unos guerreros de Khorne. Sus pasos hicieron retumbar el suelo, desgarrando la hierba que pisaban. Los elfos aullaron, no sabía si de rabia o de terror, pero aullaron. Los elfos cargaron como una ola rugiente contra las inmutables rocas de la costa, y como haría la ola al romper sobre la roca salieron despedidos en todas direcciones, por encima y por los lados de la barrera metálica, pero sin poder traspasarla. Las hachas se pusieron en movimiento, destrozando metal, carne y huesos, golpeando con una fuerza imparable, moviéndose con rapidez. El resto de guerreros se unió a la masacre. Doscientos catorce latidos de corazón duró la lluvia de sangre, hasta que tan rápido como había empezado, terminó.

Más de un centenar de elfos mutilados, veintinueve guerreros en pie. Jasheela abrió los ojos. Ese había sido el balance del encuentro.

El resto de la batalla continuó como debía continuar. Las huestes de Khorne, imbuidos por el inmenso poder de su Dios aplastaban la férrea resistencia élfica. Guiados por el emisario de Khorne pronto traspasaron las líneas enemigas. Los devastadores hechizos de los brujos oscuros se desvanecían al ser consumidos por los collares de los mastines. Ese fue el peso que inclinó irremediablemente la balanza. Tan sólo la visión del dragón negro mantenía viva la esperanza del ejército. La caballería habría hecho retroceder un contingente de cualquier otro ejército, pero la caballería de Khorne junto a los mastines guiados por el emisario de Khorne los aplastaban como a insectos. Un destello rojo delataba la posición del general. El hacha brillaba, se iluminaba, latía, descendía y mutilaba. A sus pies una capa de miembros cercenados, tanto de soldados como de caballos. Los jinetes eran partidos por la mitad, los caballos decapitados con cada ataque. El arma del general no podía ser detenido ni desviado, una vez trazaba una trayectoria sólo cabía la huida o la muerte. Tan sólo un regimiento de medio millar de soldados separaba a las enormes bestias de

Khorne de las armas pesadas de los elfos, los lanza-viotes, que causaban estragos en la infantería invasora.

El dragón descendió hasta situarse sobre el insuficiente regimiento y el señor de los elfos chilló unas órdenes. Con tan escasa distancia no podía atacar al enemigo sin causar innumerables bajas entre su ejército. El dragón remontó el vuelo. Las escamas oscuras emitían ligeros brillos con cada aleteo, nubecillas de humo escapaban de sus fosas nasales.

Dos figuras encapuchadas aparecieron desde el centro del regimiento y fueron a situarse junto al estandarte. Tras un breve cabeceo a su comandante avanzaron al trote una centena de metros alejadas de su ejército. Los andares delicados y con cierto aire felino las delataba. Dos brujas oscuras, un buen aliciente para detener una carga masiva. Se retiraron las capuchas y entonaron unos cánticos arcanos. El viento se arremolinó a su alrededor, arrastrando hojas secas y levantándoles el cabello plateado.

Los mastines formaban en fila cubriendo con su cuerpo la caballería. Los collares de sus cuellos brillaban como rubíes, emitiendo unos destellos rojos. Las bestias rugieron y se alzaron sobre sus cuartos traseros. Los caballos pifiaron y patearon el suelo. El General agarraba las riendas con una sola mano mientras con la otra alzaba su hacha provocando. Palmeó su montura y cargó.

- ¡Khorne!. - La voz resonó por todo el valle. - ¡Sáciate con la sangre que derramaré para ti!. -. Los Guerreros repitieron el grito de guerra y cargaron tras su general. Las manos de las hechiceras se encendieron como antorchas, brillaron como soles, absorbieron la luz a su alrededor, reduciendo ambos ejércitos a meras sombras. Una de las hechiceras extendió las manos hacia delante, y la luz explotó. Una onda de gas incandescente rasgó el aire a su paso, avanzando implacable hacia la horda de guerreros sanguinarios. Instantes después lo repitió la segunda. Ambos ataques impactaron en el enemigo, con una nueva explosión de luz. Los soldados elfos lanzaron vítores de triunfo, se abrazaron unos a otros, por su inminente victoria contra el emisario de Khorne. La caballería inició la carga, impaciente por destrozar a los supervivientes. Se hizo el silencio cuando la luz se descompuso en sus siete colores, se replegaba sobre sí misma y era absorbida por los collares que portaban los mastines de Khorne. Las sombras volvieron a disiparse cuando la luz recuperó su nivel normal. Las hechiceras habían errado el cálculo del primer ataque. La onda debería haber explotado unos metros por delante de los mastines, para agrietar el suelo y así provocar la caída de las bestias al vacío. Les quedaba poco tiempo. Un virote silbó en el aire a unos metros del general, llevándose por delante al comandante con cuernos, el estratega del ejército, atravesando su cuerpo como si fuese un telón de seda. El general palmeó el cuello de la montura huérfana y señaló a las dos brujas. El mastín cargó con una frenética carrera.

Las hechiceras juntaron las manos y entonaron nuevos cánticos. Lanzaron un nuevo ataque, filos cortantes contra la bestia, que desaparecieron antes de tocarlo siquiera. Gritaron de terror cuando el mastín se acercaba hacia ellas. Aullaron de dolor cuando las poderosas mandíbulas destruyeron sus cuerpos, gorgotearon cuando la muerte las reclamó como suyas.

Tras destruir las máquinas de guerra de los elfos, la seguridad del ejército se tambaleó, y algunos soldados emprendieron la huida. Claro que un guerrero de Khorne nunca permitiría que su enemigo sobreviviese, por ello los desertores enemigos eran perseguidos y abatidos antes de internarse en el frondoso bosque, o cuando trataban de cruzar el puente del río de hielo. Por el contrario el dragón acababa con la mitad de los mastines, arrasaba pequeños regimientos de Caos, y retrasaba la invasión. El duelo entre Generales fue inevitable, había deudas que saldar. Juh Galigal haría pagar

las muertes y la destrucción de su ejército. Por su parte el General de caos cumplía la voluntad de Khorne, y haría pagar la ofensa a su Dios.

El dragón planeó a ras del suelo, directo hacia su rival. Sus fauces se cerraron mientras el pecho de la criatura se hinchaba. El mastín de Khorne avanzó a la carrera, sediento de batalla. La boca del dragón se abrió a escasos metros del mastín y una llamarada brotó de su garganta atrapando en la conflagración al General de Caos. Se produjo un choque, tan rápido como confuso, y finalmente se separaron. El mastín cayó calcinado donde se había producido el choque, pero la figura del general lo hizo unos metros más alejada. El dragón extendió las alas, las agitó una vez, pero antes de remontar el vuelo el cuello se flexionó, la cabeza rebotó en el suelo y dio una vuelta sobre sí mismo. Su jinete salió despedido hacia arriba, y cayó con un golpe sordo sobre la hierba. El cuerpo muerto del dragón se arrastró cientos de metros, barriendo una unidad entera de guerreros de Caos, antes de frenarse por completo. A partir de la base del cuello, una raja sangrante separaba en dos la cabeza de la bestia, por el lateral. El hacha del General había atravesado la piel del dragón desde la boca hasta la clavícula, había atravesado las venas del cuello y había partido su médula ósea. La muerte había sido instantánea.

Ambos rivales se levantaron y continuaron el enfrentamiento. El sable de Galigal logró traspasar el perímetro defensivo de su rival y perforar el costado del General. Claro que esa pequeña ventaja tan sólo fue un espejismo. El sable quedó incrustado, y con un bestial hachazo el Guerrero de Khorne abrió el vientre del elfo, haciéndole entrar en un estado de shock. El Emisario de Khorne aulló mientras sacaba el sable incandescente de su cuerpo para caer de rodillas, doblegado por el dolor. Se puso trabajosamente en pie, con paso tambaleante llegó hasta el cuerpo inconsciente de Juh Galigal y lo agarró del cabello. Alzó el hacha, y ésta palpitó con vida propia. De un tajo decapitó a su enemigo. Alzó la cabeza por encima de su yelmo. Un relámpago surcó el cielo. Otros le siguieron, cada vez con más frecuencia. Tronaron. La lluvia redobló su intensidad.

La misma voz que había escuchado jasheela en el sueño resonó en su mente y en la del General, colmándolos con su poder, aterrándolos también con su poder.

- "MI CAMPEON, HAS CUMPLIDO MI VOLUNTAD, DEMOSTRANDO UNA VEZ MAS QUE ERES DIGNO DE MI FAVOR. YO, DIOS DE LA SANGRE SANARE TUS HERIDAS, Y TE PREMIARE OTORGANDOTE EL MAYOR EJERCITO QUE HAYA PISADO ESTAS TIERRAS. TU OFRENDA ME HONRA, PALADIN DE KHORNE".

La lluvia bañaba la figura del General cuando este se volvió con las heridas supurando. Sus botas pisotearon los cadáveres mientras regresaba al campamento. La calma regresó a él tras el furor de la batalla. Se retiró vencedor, como siempre, como debía ser. No conocía la derrota. Las leyendas sobre el paladín de Khorne crecerían como las ondas en un lago.

No es de extrañar. Pocos elegidos podían ganarse a pulso el Nombre de "Arbaal el Invencible".